banderas quizá fueron más temidas, pero ninguna ciertamente más invocada, más bendecida, ni tan amada como ella.

¡Quintos! os he dicho la verdad, creedlo; si no os parece mi acento el acento de la conviccion y del cariño, no lo atribuyais á dudosa sinceridad ó á tibieza de corazon; atribuidlo á mi pluma inepta y torpe y á la naturaleza misma de este pobre lenguaje humano, al cual escapan siempre las palabras más adecuadas y los más delicados sentimientos del alma!





LA ADOLESCENCIA



QUELLOS tres ó cuatro años que pasan entre la infancia y la juventud, están llenos de descorazonamientos y melan-

colías como cuando se principia á sentir la vejez.

El espíritu, desmañado al entrar en plena vida, se encierra por todas partes queriendo inútilmente romper afanoso la cárcel que lo circunda. De igual modo que el gérmen en la primavera intenta romper la corteza que le envuelve, y se agita impaciente contra las paredes que lo retienen, así en aquellos años el hombre se encuentra cerrado dentro del muchacho y se sacude incesantemente para libertarse por completo.

Necesita aire y luz y quisiera levantar su vuelo, y chocan sus alas en las paredes domésticas y las repliega doloridas y lastimadas. Ve debajo pequeño mundo de niños donde se juega, se rie, se canta y no puede ya descender hasta él; ve encima otro vasto mundo donde se piensa, se trabaja, se combate y se ama y no puede tampoco todavía subir hasta esa esfera.

Entrevé como tras de vaporoso velo la mujer bella. querida y misteriosa, objeto secreto de sueños y deseos; la mujer se inclina á besar los niños, se vuelve á mirar los hombres, pasa á su lado y no lo vé. Bien quisiera él atraer aquella mirada, parecer bello y gustar á la hermosa; y, sin embargo, no es más que un niño crecido, con una cabeza relativamente gorda, una espalda mísera y estrecha, un pecho enteco y un tronco regido por dos alhambres que le sirven de piernas, donde se señalan dos rodillas angulosas. Siente los primeros estímulos de la vanidad y quisiera vestir bien y ser elegante; y le obligan á acabar de romper la ropa usada de su hermano mayor, y le cortan las corbatas de los vestidos viejos de su hermana, y no se sian todavía de entregarle un reloj. Querría ser tenido por un hombrecillo, significando algo, y si abre la boca en medio de la gente, ó dice una cosa insulsa que pasa inadvertida, ó dice una sandez que provoca la risa general ó el castigo de amenazadoras miradas con las cuales se pena por lo menos su impertinencia. Querría ser agradable y tener garbo y buenos modales, y si entra en un salon no sabe andar, tropieza con las sillas, derriba los veladores, pisa la cola á una señora y da un pisoton al dueño de la casa que le hace ver las estrellas. Querria expresar lo que le bulle dentro del pensamiento y lo que le arde dentro del corazon, desfogándose, y escribe versos que hacen reir á los maestros, y el padre se los rompe y le pone en las manos el tratado de aritmética. Querría agitarse, vagar, girar, ver cosas

nuevas; y debe volver á casa á las ocho de la noche á hojear el Diccionario Latino, y sacar los significados de la traduccion, en un rincon de su cuarto, solo, mientras oye el crugir de los vestidos de su hermana que se prepara para el teatro ó el baile.

Desconcertado, humillado, ahora se insinúa en medio de la gente para implorar una mirada ó una sonrisa; ahora se encierra en sí mismo, despechado y fiero, huyendo de la sociedad, como cansado de los hombres y de la vida.

Y entonces sobrevienen las largas horas de soledad, pasadas asomado á la ventana por la noche; ó en el campo las horas invertidas mirando fijamente las ramas de los árboles ó las briznas de la yerba; y su fantasía vívida é inquieta se lanza ávida en el porvenir, en un porvenir lejano y misterioso, pero lleno de grandes designios y grandes esperanzas. Fíngese una vida á su manera; casos admirables y extraños, luchas, peligros, triunfos, viajes, auroras de ignotos cielos, vastos jardines silenciosos, poblándose todo de queridas imágenes y gratas ilusiones; allí se dibujan indistintos los perfiles de la vírgen acariciada en sueños, cien veces recogidos y recompuestos y vagamente contorneados, latiendo el corazon y trepidando el pensamiento; allí se notan las solitarias entrevistas y se escuchan las palabras ardientes apenas conocidas y casi adivinadas; allí se diseñan sin determinación concreta, dulzuras que subyugan las fuerzas todas del alma. Pero despues aquella espléndida vision, lo entristece lo cansa y lo arroja con ímpetu á la realidad de la vida, y al caer va á dar en medio de los solaces infantiles que le inspiran desden y tedio, volviendo presuroso á apagar su sed y calmar sus ánsias en los estudios.

Mas bien pronto los abandona de nuevo y busca reposo á su espíritu en los exagerados ejercicios corporales; su mundo fantástico hace que se mezcle la vaga idealidad del pensamiento con la chocante realidad de la vida; asáltanle en las tinieblas repentinos temores tiempo há desvanecidos; miedos religiosos inpensadamente resucitados; frialdad feroz de alma que arma si mano contra inocentes animales y atrevimientos insensatos que lo impulsan á todo lo peligroso desde los caballetes de los tejados á la cumbre de las montañas y á las copas de los árboles;... despues melancolías profundas que no encuentran otro lenitivo que buscar los brazos de la madre y llorar en su seno lágrimas ardientes y pacificadoras.

La excesiva timidez de muchos chicos de aquella edad procede precisamente de que tienen dentro todo aquel tumulto de pensamientos y de afectos, queriendo tenerlo oculto, temblando siempre que alguno lo descubra y los estime más niños de lo que son: ellos mismos creen que todo aquello es un resto de chiquillería y se avergüenzan, ¡mientras que es por el contrario la primera chispa de la juventud que los fecunda y los trasforma!





UN EJEMPLAR



ntes de salir el sol, el viejo doctor del regimiento número 80 caminaba en las afueras de la ciudad, por senda solita-

ria, hácia la casa de campo de una señora amiga suya.

Llegado al punto donde se extendía vasto campo árido y desnudo, semejante á plaza de armas, se detuvo y miró largo espacio de tiempo alrededor con el entrecejo fruncido, como si la vista de aquellos lugares trajese á su mente tristes recuerdos.

La alquería estaba situada sobre un montículo poco distante de aquella llanura; y entre el llano y el cerro extendíase el terreno, como se ha dicho antes, sin árboles y sin setos hasta alrededor de la casa. El dia era turbio y no se percibía ni el más mínimo rumor, ni se veía ánima viviente.

Al entrar en la quinta, encontró el doctor, con grande sorpresa, ya levantada á la señora. Vino á su encuentro, y con el rostro turbado le dijo:

Amicis 1870-71